

recido, y aborrecer donde le quieren, es que siempre oí en su boca tus alabanzas, y en su veneracion tu persona, tratando de ti con aquel respecto que mereces. Señal de que te estima, y si tu le quisieras menos de lo que le has querido, o no lo mostraras; por lo menos, ni tu estuvieras tan quejosa, ni él hubiera sido tan ingrato: mas ya no tiene remedio, porque si amas a Celio, con intencion de hazerle tu dueño, como de ser quien eres creo, y de tu discrecion siempre presumi, yà es imposible, porque él tiene yà las puertas cerradas a estas pretensiones, y a qualesquiera que sean de esta calidad, por tener ya Ordenes, impedimento para casarse, como sabes. Para su condicion, solo este estado le conviene, porque imagino, que si tuviera muger propia, a puros rigores, y desdenes la matara, por no poder sufrir estar siempre en vna misma parte, ni gozar vna misma cosa. Pues que quieras, forçada de tu amor, lograrle de otra suerte, no lo consentirá el ser Christiana, tu nobleza; y opinion, que será desdezir mucho de ella; pues no es justo que ni el padre de Don Felix, ni su hermana, tus deudos, y el Monasterio donde estuviste, y fuiste tanto tiempo Religiosa, sepan de ti esta flaqueza, que imposible será encubrirse: y estar aqui donde estás, a peligro de ser conocida de los vándolos desta montaña, y de la gente, que para visitar estas santas Er-

mitas la pasan, ni es decente, ni seguro, pues como yo te conocí, lo podrán hazer los demás. Tu hacienda está perdida, tus deudos, y los de tu muerto esposo, confusos, y quizá sospechando de ti mayores males de los que tu piensas, ciega con la desesperacion de amor, y la passion de tus zelos, tanto, que nos das lugar al entendimiento para que te aconseje. Yo que miro las cosas sin passion, te suplico, que consideres, y que pienses, que no me he de apartar de aqui, sin llevarte conmigo, porque de lo contrario, entendiera, que el Cielo me avia de pedir cuenta de tu vida, pues esto sin mas interés que el de la obligacion en que me has puesto, con dezirme tu historia, y descubrirme tus pensamientos, la que tengo a ser quien soy, y la que devo a Celio mi amigo, del qual pienso llevar muchos agradecimientos, si tengo suerte de apartarte deste intento, tan contrario a tu honor, y fama, porque no me quiero persuadir a que te aborrece tanto, que no estime tu sosiego, tu vida, y tu honra tanto como la suya. Esto te obligue, Iacinta hermosa, a desviarte de semejante designio. Vamos a la Corte, donde en vn Monasterio principal della, estarás mas conforme a quien eres; y si acaso alli te saliese ocasion de casarte, hacienda tienes con que poder hazerlo, y discrecion para olvidar con las caricias verdaderas de tu legitimo esposo, las falsas, y tibias de tu amante;

te; y si olvidandole, y conociendo las desdichas que has passado, y las malas correspondencias de los hombres, tomases estado de Religiosa, pues ya sabes que es el mas perfecto, tanto mas gusto darias a los que te conocemos. Ea bella Iacinta, vamos al Convento, que se viene la noche, y entregaràs a los Frayles sus corderos, porque mañana, poniendote en tu traxe, pues esto no es decente a lo que mereces, recibiràs vna criada que te acompañe, y alquilarèmos vn coche en que bolver a Madrid, que desde oy, con tu licencia, quiero que corra solo por mi quenta tu opinion, y agradecerme a mi mismo el ser causa de tu remedio. Y sino puedes vivir sin Celio, yo harè que Celio te visite, trocando el amor imperfecto, en amor de hermano. Y mientras con esto entretienes tu amorosa passion, querrà el Cielo que mudes de intento, y te embie el remedio que yo deseo, al qual ayudarè, como si fueras mi hermana, y como tal iràs en mi compañía. Con estos brazos, noble, y discreto Fabio (replicò Iacinta, llenos los ojos de lagrimas, enlazandolos al cuello del bien entendido mancebo) quiero, sino pagar, agradecer la merced que me hazes; y pues el Cielo te traxo a tal tiempo por estos montes inhabitables, quiero pensar, que no me tiene olvidada, irè contigo mas contenta de lo que piensas, y te obedecerè en todo lo que de mi quisieres ordenar, y no harè mucho, pues todo es tan a

provecho mio. La entrada en el Monasterio acepto, solo en lo que no podrè obedecerte, serà en tomar vno, ni otro estado, sino se muda mi voluntad, porque para admitir esposo, me lo estorva mi amor, y para ser de Dios, amo a Celio; porque aunque es la ganancia diferente, para dar la voluntad a tan Divino Esposo, es justo que estè muy bièn libre, y desocupada. Bien sè lo que gano por lo que pierdo, que es el Cielo, ò el Infierno, que tal es el de mis passiones, mas no fuera verdadero mi amor, sino me costara tanto. Hazienda tengo, bien podrè estarme en el estado que poseo, sin mudarme del. Soy Fenix de amor, quise à Don Felix, hasta que me le quitò la muerte; quiero, y querrè a Celio, hasta que ella triunfe de mi vida. Y si tu hazes que Celio me vea, con esto estoy contenta, porque como yo le vea, esso me basta, aunque sè, que ni me ha de agradecer esta fineza, esta voluntad, ni este amor, mas aventurarème perdiendo, pues, ni el dexarà de ser tan ingrato, como yo firme, ni yo tan desdichada como he sido, mas por lo menos comerà el alma el gusto de su vista, a pesar de sus despegos, y lealtades. Con esto se levantaron, y dieron la buelta a la Santa Iglesia, donde reposaron aquella noche, y otro dia partieron a Barcelona, donde mudando Iacinta traxe, y tomando vn coche, y vna criada, dieron la buelta a la Corte, donde oy vive en vn

Monasterio della , tan contenta, que le parece que no tiene mas bien que desear , ni mas gusto que pedir. Tiene consigo à Doña Guiomar , porque murió su madre , y antes de su muerte le pidió la amparasse hasta casarse, de quien supe esta historia , para que la pudiesse en este libro por maravilla, que lo es , y suceso tan verdadero; porque a no ser los nombres de todos supuestos , fueran de muchos conocidos.

Con tanto donayre , y agrado contò la hermosa Lisarda esta maravilla , que colgados los oyentes

de sus dulces razones , y prodigiosa historia , quisieran que durara toda la noche, y así conformes , y de vn parecer començaron a alabarla , y darle las gracias de favor tan señalado, y mas Don Iuan, que como amante se despeñava en sus alabanças , dandole a Lisis con cada vna la muerte, tanto que por esforvarlo tomando la guitarra , que sobre la cama tenia , llorando el alma , quando cantava el cuerpo, hizo señas a los músicos , los quales atajaron a Don Iuan las alabanças , y a Lisis el pesar de oirlas con este Soneto.

*No desmaya mi amor con vuestro olvido,
 Porque es Gigante armado de firmeza,
 No os cansés con tratarle con tibieza,
 Pues no le aveis de ver jamás vencido.
 Sois mientras mas ingrato, mas querido,
 Que amar por solo amar, es gran fineza,
 Sin premio sirvo, y tengo por riqueza,
 Lo que suelen llamar tiempo perdido.
 Si mis ojos en lagrimas bañados,
 Quiçà viendo otros ojos mas queridos,
 Se niegan à sí mismos el reposo.
 Les digo, amigos fuistes desdichados;
 Y pues no sois llamados, y escogidos,
 Amar por solo amar es premio honroso.*

Pocos hubo en la sala , que no entendieron que los versos cantados por la bella Lisis se dedicaron al desden con que Don Iuan premiava su amor , aficionado a Lisarda , y naturalmente les pesò de ver tan mal pagada la voluntad de la dama , y à Don Iuan tan ciego,

que no estimasse tan noble casamiento ; porque aunque Lisarda era deuda de Lisis , y en la nobleza , y hermosura iguales , le aventajava en la riqueza. Quien mas reparò en la passion de Lisis fue Don Diego , amigo de Don Iuan , que sabia la voluntad de Lisis , y despegos

de Don Iuan, por averle contado la dama sus deseos, y viendo ser tan honestos, que no passavan los limites de la verguença, propuso pedirle a Don Iuan licencia para servirla, y tratar su casamiento. Y assi, por principio començò a engrandecer, ya los versos, ya la voz y Lisis, ò agradecida, ò falsa, quizá con deseos de vengança, començò a estimar la merced que le hazia, con cuyo favor Don Diego pidió licencia, para que la última noche de la fiesta, sus criados representassen algunos entremeses, y bayles, y darle la cena a todos los combidados. Y concedida, tan contento, como Don

Iuan enfadado de su atrevimiento, diò lugar a Matilde, para contar su maravilla; la qual aviendo trocado con Lisarda empeçò assi: Ya que la bella Lisarda ha provocado en su maravilla la firmeza de las mugeres, cifra da en las desdichas de Iacinta, razon serà, que siguiendo yo su estilo diga en la mia, à lo que estamos obligadas, que es a no dexarnos engañar de las invenciones de los hombres, ò ya que como flacas, y mal entendidas caygamos en sus engaños, saber buscar la vengança, pues la mancha del honor solo sale cò sangre de el q̄ le ofendiò. El caso sucediò en esta Corte, y èpica assi.

NOVELA SEGUNDA.

La Burlada Aminta, y Vengança del Honor.

FVe el Capitan Don Pedro (cuyo apellido por justos respectos se calla) natural de la Ciudad de Vitoria, vna de las principales de Vizcaya, por su amenidad, grandeza, y nobleza que en si cria. Desde sus tiernos años se inclinò à las armas, exercicio vsado entre nobles. Gastò la flor de su mocedad en la guerra, si se puede dezir gastar, firviendo a su Rey con tanto valor, por cuyo bien empleado trabajo alcançò del Catolico, y prudente Felipe Segundo honrosos cargos en ella, hasta que pidiendo su no-

ble exercicio el merecido premio de sus servicios, el Christiano Rey Don Felipe Tercero honrò su persona con vn Abito de Santiago, y seis mil ducados de renta, librados en la Encomienda de el mismo Abito. Casò en Segovia (Ilustre Ciudad de Castilla, tan adornada de edificios, como de grandeza de Cavalleros, enriquecida de mercaderes, que con sus tratos estienen su nombre, hasta las mas remotas Provincias de Italia) con vna dama igual en nobleza, bienes de fortuna. Deste matrimonio tuvo vn hijo, el qual

lle-

llegando a los años de discrecion, heredando los nobles, y alentados respectos, y pensamientos de su padre, a imitacion suya; y codicioso de sus hazañas, quiso mostrar su mocedad en mostrar su valor, y agradecer algunas de las que a su padre sobran, y así con gusto suyo, y vna vndera, cuyo suplimiento alcançaron los meritos de su padre, pasó a Italia a servir a su Rey en la famosa guerra que tenia con el Duque de Saboya. Tenia el Capitan Don Pedro vn hermano, que por ser mayor, gozava el Mayorazgo de sus padres, que no era de los peores de su tierra, y por heredera la mas bella hija que en toda aquella Provincia se hallava. Era Aminta de catorze años, quando a la puerta de los de su padre llamó la muerte, cruel fiscal de las vidas. Y sintiendo el Christiano Cavallero mas que la partida deste mundo, el dexar su hermosa hija, sin mas amparo que el del Cielo, pues aunque le quedava bastante hacienda para casar noblemente, viendola quedar sin madre que la governasse, y enseñasse, era para su coraçon nuevo tormento, aunque la virtud de su hija le animava, y viendo que sin remedio se llegava el fin de su vida, hizo su testamento, y dexando a su hija por dueño de todo, nombrò a su hermano por testamentario, y cumplidor de su alma, suplicandole por vna carta, que antes de su muerte escrivio, tomasse a su cargo el remediar, y casar a su sobrina. pidiendole en

carecidamente la empleasse en quien la mereciesse. Y hecho esto durmiò el vltimo sueño, rindiendo el alma a su Criador, y el cuerpo a la tierra; recibio el Capitan la carta de su hermano, solemnizando con lagrimas las ternezas della, y pareciendole que estaria mejor su sobrina en su compañia, y en el amparo, y criança de su mugger, se partiò por ella, con acuerdo de los dos, de que estaria bien empleada en su hijo, pareciendole, y era bien, que no podia emplearla mejor. Llegòse el Capitan a su tierra, y despues de estar en ella algunos dias, acomodando, y poniendo en orden la hacienda, dexando en su administracion vn Mayordomo fiel que la governasse; diò la buelta a Segovia, entrò en ella la hermosa Aminta, si bien en el nublado del luto, para ser su Sol, su assombro, y su admiracion, dando a las damas embidia, y a los galanes deseos, con tal estremo, que en pocos dias se llenò la Ciudad de su fama, no teniendose por dichoso quien no la avia visto; alabando cada vno lo que mas en ella estimava: vnos la hermosura, otros la discrecion; este la riqueza, y el otro la virtud. Finalmente, de todos era llamada el milagro desta edad, y la octava maravilla deste tiempo. No faltando luego ojos atrevidos, y deseos codiciosos, que aficionados a sus gracias, y honestos defendidos, quisiesen por remedio del Matrimonio, ser dueños de tal joya, y algunos, ò los mas, que vien-

do que su tío cerrava la puerta a todos, con dezir que Aminta avia de ser muger de su primo, pretendiesen rendir por amor el honesto pecho de la dama: la qual contenta de que su tío la empleasse tambien, apartava quanto podia sus ojos de estas ocasiones, esperando con mucho gusto, la venida de su primo, y esposo, q̄ ya le avia embiado a llamar, pareciendole, que no avia otro bien sino su vista; como muger q̄ no sabia de amor, ni de otra cosa que de la voluntad, y gusto de sus tios. Mientras el desposado venia, passava Aminta vna vida alegre, libre, y regalada; tanto, que gozãdo al lado de su tia, todas las fiestas, y holguras de la Ciudad, a pocos meses olvidò la pena de la muerte de su padre, siendo su vista, para los miserables, q̄ defraudados de gozãrta, no se hallavan, sino cargados de penas, y amorosos deseos, vn Basiliſco que matava, sin dār esparanças de vida: y con saber que esto era sin remedio, no desmayavan, ni bolvian atràs a su pretensió. Las musicas eran cõtinuas, los paseos ordinarios, y los galanes sin cuenta, pareciendo su calle, en siendo de noche, los montes de Arcadia, ò las selvas de amor. Aqui sonavan suspiros, y acullà instrumentos, sin que jamàs Aminta lo escuchasse; y si lo oía, era para hazer burla, y reirse de todos. Mas no se fie nadie de su libertad, ni de sus fuerças que tal vez amor gusta mas de caçar voluntades libres, que gustar los sujetos, y siempre se vè cau-

tivo el libre, enfermo el sanò, y vècido el valiente, pues fuele amor empear burlando, y acabar de veras. Duerman los ojos de Aminta, libre, y descansadamẽte, q̄ antes de mucho juzgaràn a costa de hartas perlas, por verdadera mi opinion. Fue, pues, el caso, que a negocios importantes, vino a Segovia vn Cavallero, a quien llamarẽmos Don Iacinto. Era moço, galan, y mas inclinado a gusto; que a penitencia, pues no tratava de ella, sino de Iueves a Iueves Santo, como hazen los que tienen las ocasiones dentro de su casa: Este tal, por no hazerla sino a su gusto, jamàs apartava de si la ocasion dèl, que era vna dama libre, y mas desenfadada que es menester que sean las mugeres, pues aunque tratan de solo su gusto, parece bien que sean honestas. Traíala Don Iacinto con titulo de hermana, y desta suerte la acompañava siẽpre, dexando por su causa de hazer vida con su legitima muger, q̄ era tan desdichada como hermosa: la qual se avia quedado en Madrid. Diò D. Iacinto en ir a oír Missa a vn Monasterio, no lexxos de la casa de la discreta Aminta, y donde siempre la hermosa dama acudia con su tia; y como la hermosura, las galas, y el acompañamiento fuesse para mirar, puso en ella Don Iacinto los ojos, con tan atento afecto, que no parò la hermosa vista asta el alma. Empezò D. Iacinto a sentirse mal de la penetrante herida que le avia dado en el coraçon la grande belleza

de Aminta, y considerando su nobleza, riqueza, y honestidad, que de todo se informò, ser impossibles sus pensamientos, pues el ser quien era Aminta, y su estado del, lo dificultava todo, le traia fuera de si; que no parecia hombre con alma, sino cuerpo, ò fantasma sin ella. Vinole à poner en tal cuydado su passion, que del poco comer, y mal dormir, vino a perder la salud, de fuerte, que cayò en la cama de melancolia, con que negò a Flora la conversacion. Siendo su vista tan enfadosa a sus ojos, que quisiera por no verla, no tenerlos. Sentia Flora la repentina mudança de Don Iacinto, con mucha pena; si bien, por lo que hizo, no se puede juzgar fuesen verdaderas; y como llegasse a preguntarle la causa de su pena, y èl se la negasse, que no quiere sentir q̄ fuesse amor, diò en andar a la mira, hasta saberlo. No fue dificultoso, porque como amor es ciego, èl, y ellos hazen las cosas de fuerte, que pocas vezes se encubren, y asì vn dia, que D. Iacinto estava rēdido a sus cuydados, ya que le parecia que Flora estava fuera, por averlo dicho ella asì, y como èl ya no la amava, no examinava sus cosas como solia; antes èl mismo la pedia que saliesse a passearse, y ver la Ciudad, deseando la soledad, para darse todo a su Aminta. Y creyendo estar solo, tomando vn Laud, cantò asì:

*Del fugitivo Eneas llora Dido,
El desprecio cruel de su partida,*

*De rabia ciega, en colera encēdida
maltrata el rostro por vengar*

su olvido. (rido,

*Llama à su amate, sin razò que
la mano al pomo de una espada
afida,*

*cò q̄ coriãdo en flor su triste vida,
garò el lawel, à su lealtad devido.*

*Elisa bella, aunq̄ tu triste suerte
te forçò à darte muerte rigurosa,
yo trocare mi vida por su muerte.*

*Porque sino te amare, es cierta
cosa,*

*q̄ impossible le fuera aborrecerte,
y pues te amè, que suerte mas
dichosa!*

*Empressa fue famosa,
con q̄ à la fama tienes embidiosos,
y pues fuisse querida,
no lamentos el ser aborrecida.*

*Con tan dulce memoria
no ay pena q̄ no sea mayor gloria.*

*Mas ay de una firmeza,
pagada con desden, y con tibieza!
aquesta si que es pena,
que la tuya lo fue de gloria llena.*

*Mas triste del que muere,
Aminta ingrata, sin que en mal
tan grave
jamàs espera gloria, ni se acabe.*

Ya no serà posible, amado Don Iacinto, saliò diciendo Flora, q̄ escōdida estava, el negarme la causa de tu tristeza, porq̄ ya la has declarado en tus versos, y si he de dezir verdad, dias ha que la sospecho, por

vèr en tu boca tantas alabanças de Aminta, la sobrina del Capitan; no pienses que me pesa, que ayas puesto en ella tus pensamientos, porque no puedo tener por agravio, querer muger que me exceda en todo; y así en lugar de enojo, te tengo lastima por vèr quan impossibles han de ser tus deseos, sino te vales del engaño, porque si yo te quisiera de burlas, dierasme zelos con esse amor, nuevamente en ti nacido; pues quando fuera posible que pudieras gozar de Aminta, no por esso temo yo que me olvides, que antes viendome desear, y procurar tu gusto, me has de querer mas. Yo siempre he tenido por necedad los zelos; y así hize juramento el dia que me alistè debaxo de la vandra de amor; de aborrecerlos, y no procurar conocer tan mala cosa, como dizen que es. La dificultad que yo hallo en esta pretension es, que Aminta no se ha de rendir, sino es por casamiento, que su desden es rifa, pues si llegasse a leer el papel, y escuchar tus amorosas razones, quien duda que te ha de querer? No ay para las mugeres laço como el del casamiento: dexala tu que vea tu gala, y armasele, y veràs si caerà, pues aunque por la Ciudad se dize, que aguarda a vn primo suyo para ser su marido, mas harà vn amante de tus partes, y talle, que su primo ausente, y con esperanças. Viste galas, y embiale joyas, que yo por mi parte tendrè mis redes, harè mis tramoyas, y à titulo de que soy tu hermana, me harè su amiga, y procurarè hablarla siempre que la

viere en la Iglesia: y si llega à darme oídos, yo la pintarè de suerte tus amorosas pasiones, y con tales colores, que aunque mas en los estriuos de su honor vaya, no dexarà de caer; y amandote, facil serà el gozarla a titulo de marido, y si passare mas adelante la voluntad, sacarla de casa de su tio, y llevarla donde no se sepa della, y si con gozarla se acabare, con irnos a nuestra casa, ni ella sabrà el autor de su daño, ni osarà dezirlo, por no verse infamada, y quizá muerta de su tio. Y el premio de todo esto que por ti hago, no quiero que sea mas, que el gusto que has de recibir. Suspenso estava D. Iacinto, oyendo el canto de aquella Sirena, y así, ò que creyesse que lo hazia de amor, por no verla padecer, ò que quisiesse passar por ello por lograr su deseo, la respuesta que le diò, fue enlaçarle al cuello los braços, llamandola consuelo, y remedio suyo, y restauradora de su vida, y al fin quedaron de concierto de hazer lo que Flora le aconsejava; empezando Don Iacinto su engaño desde aquel mismo dia: galan como rico, y alentado como galan, seguia su pretension; de dia asistia a sus puertas, de noche rondava su calle: vnas vezes solo, y otras acompañado de Flora, que en habito de hombre iba quando avia de darle musica. Vivía en vna sala baxa de la casa de Aminta vna muger, entre señora, y sierva, avia sido muger de vn mercader, era curiosa, amiga de saber, y no de las que hazen mila-

gros de las cosas que suceden, ni deseava hazerlos en razon de santidad, si bien los dissimulava con muestras de virtud, tanto que el Capitan no estrañava que entrasse en su casa; està como viò el pajarero nuevo que venia a picar en el cebo de la hermosura de Aminta, vna noche que le viò cerca de la puerta, se llegó a èl, y le preguntò, que buscava, sabiendo como era publico en toda la Ciudad, que aquella dama era prenda de vn primo suyo, que estava en Milá, y le aguardavan por puntos, para ser su esposo? No quiso mas Don Iacinto que esta ocasion, y asiendola por el copete, le contò sus amores, conforme al engaño que tenian èl, y Flora concertado: diòle a entender que tenia quatro mil ducados de renta, prometiendole cosas impossibles, y diziendole, que no queria que hiziesse por èl otra cosa, mas que llevarle vn papel, y diziendo, y haziendo, le puso en las manos vn bolsillo con cincuenta escudos, con cuyo milagroso encanto, se enterneciò Doña Elena (que es este el nombre desta señora) mas de lo que fuera justo, y afsi le dixo, que fuesse a escribir, y dieffe la buelta con el papel, que ella se lo llevaria a Aminta, y cobraria la respuesta. Bolvió Don Iacinto a su casa, y contando a Flora su ventura, escribió vn papel; y bolviendo con èl adonde le estava aguardando Doña Elena, se le diò, y con èl vna fortija de vn diamante estremado. Este, dixo, daràs à la hermosa A-

mintu, por prenda, y señal de mi amor. Prometiò Doña Elena hazerlo, y que otro dia le daria la respuesta. El se fue, y ella se subió al quarto de Aminta, la qual de noche de ordinario, estava escribiendo a su primo, y esposo; y llegando a ella, le puso el papel, y fortija en la mano, diziendo: lee-me hermosa Aminta, por tu vida, este papel, que es de vn amante, que como si yo fuera hermosa, me pretende, y me le embió con esta joya. Bien pensò Aminta, que el papel, y fortija seria de alguno de los muchos que la pretendian, mas llevada de vna curiosidad, por no pecar de melindrosa, ò quizá porque su fuerre empezava a perseguirla, solemnizando con risa las palabras de Doña Elena, leyò lo que se sigue:

Quando la voluntad pelea, el amor se vende, y por esta causa sin tenerte de enojarte, y forçado de ella, hermoso dueño mio, me atrevo à decirte mi amor; que quando diga que nascò, no desde que vi tu belleza, sino desde que naci, pues me dista el coraçon, que se avia de criar el Cielo para ser su señora, y no dire mentira: bien se el imposible que intento, pues aguardas para esposo un venturoso primo, mas por lo menos no quiero morir sin que sepas que creo la causa. Sino eres tan cruel, como el mundo dize, sirvete mientras viene el dichoso que se ha que merecer, de darme la vida, aunque no sea con mas que con tu vista, y essa forti-

ja no la recibas por prenda mia, sino por retrato suyo.

Quien es, amiga, replicò Aminta, el enfermo tan peligroso, que pide remedio tan apriessa? Quien te merece, respondió Doña Elena, mejor que el que aguardas para esposo, por noble, galan, rico, y discreto, pues aunque tu primo es tu sangre, Don Iacinto lo es de lo mejor de España. Ha codicia, y bolsillo de escudos, que presto calificas en la opinion desta muger lo que apenas se avia visto! No sè bellissima Aminta, como eres tan ingrata, prosiguiò la engañosa mensagera, à lo que es tan favorable, mirate bien en ello, y conoceràs tu engaño; y di, que dirè à Don Iacinto? Sino basta dezir, que me le diste, respondió Aminta algo tierna, dile que le leí, que no me parece, amiga mia, que le he hecho poca merced. Y diziendo esto, puso el anillo en el dedo. Bien quisiera Doña Elena hallar luego a Don Iacinto, para darle las buenas nuevas, y pedirle albricias, mas como no aguardava tan buen despacho, quiso saberlo mas tarde, y si se avia recogido en su posada. Quien podrá dezir los varios pensamientos de Aminta, las vezes que leyò el papel, y la suerte con que amor hizo fuerete en su libre, y descuydado coraçon; pues aunque sabia que avia de ser muger de su primo hasta aquel punto aun no avia tenido lugar en èl; y así, deseando el dia

palsò, la noche mas inquieta que fuera justo. Apenas la luz diò señal de su venida, quando se vistió, y quicà se adornò con mas gala, y puntualidad que otras vezes, deseando ver la causa de su desafosiego, y pues le desea ver, no està lexos de amar; mas que mucho si diò oídos a las assechanças que amor le puso en las palabras de Doña Elena. Oyò Aminta, y diò lugar a ello su cruel condicion, y luego cayò en el laço. Era dia de fiesta, y al tiempo de salir de su casa con su tia, y criadas a Missa, hallò en el portal a Doña Elena, hablando con Don Iacinto, con cuya vista, que luego de las acciones de los dos, conociò el sujeto, si ya su alma no se lo avia dicho, y así alguna parte le avia dexado libre a las razones del papel, lo entregò todo a su talle con señales ciertas de rendimiento; porque aunque Don Iacinto tenia treinta años, era tan galan, y despejado, que mirado sin el defecto de su estado, rendiria con su gracia quanto mirava; el qual como discreto, conociendo en el rostro de la dama, señales ciertas de amor, se empeçò a prometer dichosas esperanças, porque desde el lugar en que la viò, hasta el en que estava el coche, mudò mil colores, y puso sus ojos en dos mil ocasiones de atrevidos; y mas quando oyò dezir a Doña Elena: vaya vuestra merced con Dios, señor Don Iacinto, que la labor està en estado, que no tardarà mucho en acabarse. Aquí fue

fue, quando la hermosa Aminta tropezò, y vino à dar con el cuerpo casi a los pies de su amante, que ya se avia despedido de la discreta tercera de sus amores, è iba a darlos a entender a la causa dellos, de todas las maneras que supicisse, y como fuesse fuerça vsar en esta ocasion de la devida cortesia, fue a dár la mano a la muy discreta Aminta, diziendo asì: passo de esposo, si amor, y fortuna estàn de mi parte. A quien respondió la dama, dandole la fuya sin guante, mejor que con palabras, con enseñarle en ella el rico diamante, que bastò para que el galan quedasse, sobre contento, pagado. Agradeciò su tia el favor que D. Iacinto avia hecho a su sobrina, el qual, por recibirle mas cumplido, quitando el estrivo del coche, diò lugar a que se pudiesse el Sol entre nubes de seda. Fuesse al punto, a contar a Flora sus venturas, y dezirle, como Aminta quedava en la Iglesia. Tomò Flora su manto, y en compaña de su hermano se fue a la misma Iglesia, donde estava Aminta, y sentandose junto a ella, dixo a Don Iacinto, que la acompañava: Guarda hermano, no passemos de aqui, que ya sabes que tengo el gusto mas de galan, que de dama, y donde las veo, y mas tan bellas como esta hermosa señora, se me vãn los ojos tras ellas. No ferà maravilla, que Aminta dè las gracias a Flora, en albricias de saber que es hermana de Don Iacinto, pues desde que

le viò entrar en la Iglesia con ella, estava casi difunta, acabando los zelos de romper la herida, y abrir la puerta del amor, y asì la respondió: Donde ay tanta hermosura (que es cierto que mas puede dar embidia que tenerla) no sè para que buscays otra, pues tomando vn espejo en las manos, mirandoos en èl, satisfareis vuestros deseos, porque mas mereceis que os enamoren, que no que enamoreis; mas por lo menos, me pienso estimar desde oy en adelante, en mas que hasta aqui, y enriquecerme con la merced que me hazeis, pues de amores tan castos, no podrà dexar de sacarse el mismo fruto; y asì os suplico, me digais, que es lo que de mi mas os agrada, y enamora, para que yo lo tenga en mas, y me precie de ello. Toda vos, replicò Flora; porque fois tal, que pienso no me engaño, en creer por muy cierto, que fois la bella, y discreta Aminta; cuya gallardia, y hermosura es basilisco de toda esta Ciudad. Aminta foy, replicò la dama, en lo demàs, vos señora, podreis juzgar la poca razon que tienen en darme esse nombre. Diestramente iba la cauta Flora, poniendo laços a la inocente Aminta, para traerla a suma perdicion, y asì de lance en lance, le diò a entender todo lo que quiso, diziendole, como D. Iacinto su hermano avia venido desde Valladolid, donde tenia su casa, y hacienda, solo a ver si era verdadera la fama que de su hermosura bolava por

todas partes, con deseo de hazerla su dueño, si fuesse tal, como se dezia, y que como se avia informado del intento de su tío, no se avia atrevido a tratar nada. Engrandeciòle su amor, su sangre, su renta, y las premillas ciertas que tenia de vn Abito, para quando se casasse; que asimismo ella le avia pedido le traxesse consigo, para que si acaso no tuviesse efecto su pretension, pudiesse con mas seguridad tratar con ella estas cosas. Finalmente, Flora pintò a su amante tan enamorado, tan rico, y noble, diciendole por remate, que pensava, que si su hermano no la alcançava por muger, seria su vida muy corta. Disimulò Flora su mentira, con tantas muestras de verdad, que no fue mucho de Aminta lo creyesse, y mas como ya amor la tenia rendida. Feneciò Flora la platica, con suplicarle tuviesse compassion de su hermano, pues estava en tiempo de poder hazerlo, y que no aguardasse, a que venido su primo, todo tuviesse desdichado fin. Ay amiga, dixo Aminta ! como puede ya dexar de tenerle, supuesto, que aunque yo quiera remediar a tu hermano, y hazerme a mi dicha, casandome con èl, mi tío, que ya me tiene para su hijo, no lo ha de consentir pues negar yo, que desde que a noche me dieron vn papel de tu hermano, no di con mi honesto pensamiento en tierra, será negar al amor su fortaleza, y la obediencia que le he prometido, tanto, que ya si algunos deseos te-

nia de la vista de mi primo, se han trocado en desear su muerte, ò que su ausencia dure hasta que llegue mi remedio, ò el fin de mi vida; yà tengo lastima de los que me han querido desdeñados, solo de mi no la tengo, pues estoy dispuesta a no mirar honra, ni opinion, tal efecto ha hecho en mi la vista de tu hermano. Y pues me he llegado a declarar, dime tu que harè, pues no amarle es imposible, y remediarle tambien, que si atrevida no miro lo que pierdo, cuerda temo lo que ha de suceder. No quiso Flora mas que esto, y así respondió: Quando por ser muger de mi hermano, lo dexes de ser de tu primo, no pierdes nada, antes ganas marido, que le iguala en nobleza, y hacienda. Y si bien tu tío al principio se mostrare enojado, despues, viendo lo que ganas, ha de hazer pazes contigo, y para amansar a tu primo, ya que yo no te iguale en hermosura, suplirà esta falta veinte mil ducados que tengo de dote, y el ser tu cuñada. Y quando suceda tan mal, que nada desto baste, dexales tu hacienda, que mi hermano con sola tu persona se contenta. Y pues dizes, que no se podrá acabar nada con tu tío, buen remedio: Doña Elena, que es la que te diò el papel, es buena amiga, en su casa podràs hablar a mi hermano, pues no se rezela della, y alli se concertarà el casarte, y despues de iros ante el Vicario, te vendrà a mi casa, donde quando lo sepa tu tío, yà estaràs en poder de tu marido,

do, y viendo que es tal como es, será fuerza que se tenga por contento, y a ti por venturosa. Estava ya Aminta tan ciega, que concedia con todo, y mas como temia la venida de su primo, que la aguardava por puntos. Y así dixo a Flora, que a la tarde viniessen, ella, y su hermano al aposento de Doña Elena, donde mientras su tia estava en visita, hablarian mas de espacio. Y despidiendose con señales de eterna amistad, Aminta, y su compañía, se bolvió a su casa, donde aunque su tia la avia visto hablar con Flora, no sospechò cosa, conociendo su recato. Contò Flora a Don Iacinto el concierto, si bien de industria le diò algunos picones, alcançando por las nuevas, mil tiernos, y amorosos favores; y despues de comer, se vinieron juntos a la casa de D. Elena, que yá estava avisada de Aminta, de lo sucedido; la qual amava tan de veras a Don Iacinto, que ya no mirava sino verse esposa suya, y entre el si, y el no, la traían inquieta varios pensamientos del suceso, si bien guardò el secreto en si misma, sin querer dar parte a ninguna criada, pareciendole (como es así) que no ay quien descubra los secretos, sino ellas, pues quando mas se les encarga el callar, lo publica mas. Pues como viò la mal aconsejada señora, a su tia divertida con algunas señoras amigas, y que su tio estava fuera, fingiendo forçosa ocasion, se entrò en otra sala, y de allí, avisando a las criadas, que si la llama-

sen, estava en casa de Doña Elena, fue a buscar los autores de su desdicha. Recibieronse con los brazos Aminta, y Flora, dando a Don Iacinto justa embidia: el qual despues de declararse con razones bien entendidas, ofreciòse con promesas; acreditandose con lagrimas, acrecentando el amor de Aminta con amorosas caricias, le diò la mano de esposo, con cuya seguridad gozò algunos regalados, y honestos favores, cogiendo flores, y claveles del jardin, jamás tocado de persona nacida, que estava reservado a su ausente primo. Solemnizavan la fiesta Flora, y Doña Elena, con mil donayres, viendo a Don Iacinto tan atrevido, como Aminta vergonçosa. Y quedo concertado, que otro dia, mientras sus tios dormian la siesta, Don Iacinto traeria allí vna silla, donde Aminta iria a casa del Vicario, encubriendo su nombre, porque no pudiesse dar luego cuenta del suceso, y de allí a su posada, donde estaria encubierta hasta que se fuesen a su tierra, desde donde avisarian de todo a su tio, encargando a Doña Elena el secreto, a lo qual ella se ofrecio de buena voluntad, por el temor que tenia al Capitan: del qual pasado el tiempo del enojo, sería mas facil alcançar perdon. Y así despidiendose con mil abraços, ella se subio a su quarto, y Don Iacinto, y Flora se bolvieron a su casa muy contentos, y satisfechos de lo bien que avian negociado. O engañada Aminta! precipitada en vn

mal tan grande, sin mirar los grandes inconvenientes que atropellas, y en el peligro que te pones, caro te costará tu atrevimiento. O engañoso D. Iacinto, causa irreparable de la destrucción de esta dama! O falsa Flora, en quien el Cielo quiso criar la cifra de los engaños! castigo venga sobre ti: de tu amante eres tercera, avrá quien de credito a tal maldad? Si, porque siendo vna muger mala, lleva ventaja a todos los nombres. Amaneciò otro dia, que debió de ser Martes, si es cierto que tiene algun azar: yá Aminta con el Sol estava vestida, porque el suceso de sus cosas no la davan reposo, aviendo soñado mil impedimentos, y disgustos en ellos. Vestida en fin, aqui cayendo, y acullá tropezando, y oyendo algunas palabras, pronosticos todos de sus desdichas, aunque ciega, y sorda, sujeta a su amor, y embebida toda en sus pensamientos, tomó todas quantas joyas tenia, y pusolas en vn lienço, y metiendolas en la manga, y el manto en la otra, comió con sus tios inquietamente, y apenas los viò rendidos al primer sueño, quando se baxo al portal, donde se puso el manto, y se metió en la silla, que estava prevenida, encomendando de nuevo a Doña Elena el secreto. Llevaronla en casa del Vicario, porque los moços de la silla, que eran criados de Don Iacinto, estavan bien avisados de lo que avian de hazer, y hallando alli a su amante, que por no ser conocido en la

Ciudad, y ser cada dia frecuentada de pasajeros, y mercaderes, pedía salir, y entrar por donde queria; llegaron a la presencia del Vicario, encubriendose Aminta, por no ser conocida: donde al tomarles las manos, vn rico anillo de vna esmeralda, que la dama traía en el dedo, se partiò por medio, dando el pedaço que saltò, en el rostro a Don Iacinto; el qual aunque viò a su dama turbada, no haciendo caso de agujeros, se bolviò con ella a su posada. Recibiò Flora a su cuñada (que así la llamarèmos) con los braços; y para que D. Iacinto, gozando, se arrepintiesse, y Aminta acabasse de encadenarse en su desdicha, despues de vna muy bien ordenada cena, los llevó a su cama, donde los dexò, y se retirò a otro aposento de la misma posada, aguardando por premio de estos engaños, quedarse con su amante, dexando a Aminta con su deshonor, y desventura. Dexèmoslos a todos passar esta noche, a los vnos traydores, y a la otra inocente, y a cada vno amenazando su castigo, estando el Cielo por fiscal de todo: y vamos a la casa de Aminta, donde a este tiempo todo era confusion, todo llantos, todo amenazas, y todo sin provecho. Los estremos que su tio hazia eran de hombre sin juicio. En fin, enterandose de que no parecia, ni nadie la avia visto, empeçò a hazer algunas diligencias ocultas, por no manifestar su deshonor, mas todo era escusado, porque como sola Doña Elena

lo sabia, y ella callava, no se podia dár alcance a nada. Al fin, los llantos de su tia, y las voces de sus criadas, publicaron el suceso por la Ciudad, tanto que fue necesario que la justicia hiziesse algunas diligencias sin fruto: pues aunque el Vicario dixo, que a las dos de la tarde avia desposado vna señora, y vn Cavallero, y como no supo dezir quien fuesse, aunque se sospechò que fuesse Aminta, no sirvió de mas, que de dar vn pregon, para que supiesen todos lo que no sabian. Llegaron otro dia estas nuevas ha los oídos de Don Iacinto, que aplacado el fuego de su apetito, pudo considerar su peligro, y el mal que avia hecho: y temiendo que Doña Elena, si le apretassen algo, diria el suceso, y su posada, y que se avia de ver en peligro su vida, y su opinion, la noche siguiente llamó a vna rexa baxa, que de su aposento salia a la calle, y estando hablando con ella, y contandole lo que passava, le apuntò al coragon con vn pistolete, con que sin poder llamar a Dios, ni manifestar sus pecados, rindiò el alma, y llevò el merecido premio de lo que avia hecho. Y como dicen, que vn yerro sigue a otro, y vn mal otro, como el de Don Iacinto era tan grande, temeroso de el suceso, y pareciendole, que si buscavan las posadas, que seria mal caso hallar en la suya a la triste Aminta, teniendo por cierto, que la muerte de Doña Elena, darla motivo a la justicia para ha-

zer esta diligencia, aconsejandose con los temores de Aminta que estava con ellos casi muerta, y con las astucias de Flora, y principalmente con su arrepentimiento, salió por acuerdo, que mientras Don Iacinto negociava la partida, llevasse a Aminta en casa de vna principal señora, conocida de Don Iacinto, que vivia a las postreras casas de la Ciudad, dandole a entender a la triste señora, que si fuesse hallada, estaria mejor alli, y que entonces se publicaria su calamiento, y que sino la buscasen, èl tendria lugar de embiar por vn coche a Valladolid para irse, y que vna vez allà, todo se haria como ellos quisiessen. Concediò Aminta con todo, y Don Iacinto llevando adelante su engaño, se fue en casa de vna señora deuda suya, que era viuda, y no tenia sino solo vn hijo para heredero de su hacienda. Llamavasse el mancebo Don Martin, y era de los mas gallardos de su tiempo. Dixole Don Iacinto a la señora, que mientras èl iba a vn negocio importante a Valladolid, el qual acabado, pensava dár la buelta a su tierra, se sirviesse de que se quedasse en su compañía vna dama, merecedora de todo el favor que le hiziesse. Doña Luisa, que este es el nombre desta señora, como conocia las mocedades de Don Iacinto, desde que vivia en su tierra, creyendo fuesse dama suya, desconfiada de darle gusto, concediò con el de Don Iacinto, y assi esta noche le traia

tra a su casa a Aminta, tan confusa, y triste, como èl alegre de verse fuera de aquella carga, trayendo la dama de mas de sus joyas, otras que su traydor esposo le avia dado: el qual como bolviò a su posada, sin aguardar mas sucesos que los passados, con la traydora dama se partiò a su tierra, sin mas cuydado que el de llegar a ella. Quedò Aminta en casa de Doña Luisa con nombre de Doña Victoria, porque el suyo era muy conocido en Segovia, y pudo muy bien disimularse, por quanto Doña Luisa avia poco que vivia en ella, y hasta aquel punto no avian llegado a sus oídos los sucesos de Aminta, aunque eran publicos por la Ciudad, y como su hijo no estava en ella, que avia quatro dias que avia ido a caça, no sabia ninguna cosa. Vino Don Martin de su caça, y como luego que llegò se pusiesse de rua, y saliesse por la Ciudad, supo lo que su madre, y los de su casa ignoravan: y así dando la buelta a ella, sentado a la mesa para cenar, mandò Doña Luisa llamar a su huespeda, que vista por D. Martin quedò fuera de sí, pareciendole tener delante de sus ojos algun Angel. Cenaron, y Don Martin, tan fuera de sí, quanto Aminta descuydada de su nuevo pensamiento, y aun su desdicha, y sobre cena contó a su madre lo que avia hallado nuevo en la Ciudad; dixo como de casa del Capitan Don Pedro avia saltado el dia antes vna sobrina suya, que avia de ser mu-

ger de su hijo, que estava en Milan, y como dizen ser la mas hermosa de toda Castilla, y que no se podia saber que causa, ò que motivo la avia obligado a tal; porque en quanto el casamiento, lo llevava con gusto, y en el recogimiento, y cordura, era tan virtuosa, y discreta, como hermosa, y que se avia dado vn pregon, que pena de la vida, ninguno la encubriessse. Y lo que mas espanta (añadiò) es, que esta mañana amaneciò muerta de vn pistolete por el coraçon, cierta Doña Elena, que vivia en vna sala baxa de su casa. Prendieron al Capitan, y a sus criados, y vno dixo, que por vna ventana que salia a la calle, la avia visto esa misma noche hablar con vn hombre. Este, y otro dicho, que dize vna criada, que su señora Aminta (que así se llama la dama que falta) baxava muchas vezes a su casa, recatandose de que no se supiesse, ha dado que sospesar, que por causa de la dicha Aminta la avian muerto, por lo qual se ha quedado preso el Capitan, y su gente. Temblando estava Aminta de oir tales nuevas, quando Don Martin preguntò, dexando la platica empeçada, de donde avia venido tan linda huespeda, que a sus ojos creia que del Cielo? Don Jacinto, replicò Doña Luisa, la traxo mientras và a Valladolid a vn negocio el qual acabado, bolverà por ella, para llevarla a su tierra. Es acaso esta señora su muger, preguntò Don Martin? No lo quiera Dios,

respondió Doña Luisa, que por lo que veo en ella, me pesara que estuviera tan mal empleada. Como muger, dixo Aminta, con turbada voz; es casado señora mia, D. Iacinto, ò pretendió serlo? Que D. Iacinto, dixo Doña Luisa, el que aqui te traxo niña, no se llama de este nombre, porque el mismo fuyo es Don Francisco, y es casado en Madrid. Sabeis lo bien señora mia, dixo Aminta? y como que lo sè, replicò D. Luisa, cinco años ha, que estando yo en su misma tierra, donde viví, desde que me casè, le vi casar con vna dama, natural de Madrid, de quien se enamorò, viendola en la boda de vna prima fuya, a cuya fiesta vino con sus padres, si bien dentro de vn año no hizo vida con ella. Conoci sus padres, y parientes, y sè que es tan rico como vicioso. No tiene vna hermana (tornò a replicar la confusa, y engañada dama) que se dize Flora? Ay amiga! dixo Doña Luisa, y que engañada vives, esta muger ha mucho que es amiga fuya, y es la que le incita a mil maldades, que sinò tuviera los braços que en la Corte tiene de algunos deudos suyos, la huvieran ya quitado la vida, por el mal exemplo que dà, y ha dado con la publicidad de sus apetitos, vicio en los nobles mas mirado que en los demás. Y por tu vida, hermosa Doña Vitoria, que me declares estas enigmas, que no son sin causa estas lagrimas, que te estàn haziendo fuerça por salir: y advierte, que si te ha dicho que no

es casado, miente, que su muger se llama Doña Maria, y por no poder sufrir sus demasias, se bolvió a casa de sus padres. No son mis males (respondió Aminta) de los que se pueden contar, sin mucho escandalo: dame agora licencia para recogerme, que a su tiempo sabràs los mayores engaños, y traiciones que de Sinon cuentan las historias. Era prudente D. Luisa, y así no quiso importunarla, casi adivinando lo que podia ser, aunque no quien era. Levantòse, y tomandola por la mano, la llevó a su camara, que era vna hermosa quadrada, cuyas ventanas con hermosos balcones, caian a vn jardin junto a otra semejante, en que dormia su hijo, con vna puerta que se mandava a ella, si bien cerrada por quitar la ocasion. Quedò Don Martin tan confuso con su madre, y tan enamorado de su hufspeda, que parecia ya imposible vivir sin ella: y como la viò ir llorosa, y por las palabras que le avia oido, sospechase alguna gran maravilla, sabiendo donde estava aposentada D. Vitoria, entrò en su aposento, y viendo cerrada la puerta que caia al de la dama, conociò la causa de la prevencion de su madre. Salíò fuera, y entre otras llaves que estavan sobre vn escritorio, tomó la de aquella puerta, y se tornò a recoger, dando muestras de acostarse, mas no lo hizo así, antes se puso por el pequeño lugar de la llave, a oír lo que dezia así, antes se puso libertad. Doña Luisa dexando a

Amin-

Aminta despues de averla dicho algunos consuelos; tan ciegos, como su cõfusiõ, assi la dexò, y se fue a su casa. Queddò la triste Aminta en su aposento, tan llena de lagrimas, y congoxas, como ignorante de q̃ nadie la oyessè, y assi en voz ni baxa, ni alta, empegò a dàr lugar a sus queexas, al modo de quando a vna fuente le estorvan, poniendo la mano, que no vierta sus pedaços de cristal, que en quitandola, sale con mas abundancia; assi las palabras detenidas en la garganta de Aminta, viendose a solas, empegarõ a dar clara señal de sus passiones. Ay (dezia, arrancando las hebras de sus hermosos cabellos, y sacando con las perlas de sus dientes pedaços de la nieve de sus manos, abueltas de arroyos de fino roficler) Aminta, y que desdicha ha sido la tuya! Ya puedo ser fabula del mundo, y exemplo de mugeres, y aun escarmiento suyo, si fuessen cuerdas, y ño necias, como yo he sido! Ay desvèturada de mi, y como por ser facil, he sido causa de tãtos escãdalos, y desdichas! Ay quiẽ me viò tres dias ha con hõra, gusto, y riqueza; adorada de mis tios, y respetada de toda la Ciudad, y me veo oy ser fabula, y assombro dellal! Ay querido tio, y q̃ satisfaciõn podrè dar de las penas, y deshõras q̃ por mi passas! Y q̃ serà de ti quando sepas por entero de mi desdicha! Ay D. Elena, invètora de mis trabajos, castigue el Cielo tu alma como lo hizo en tu cuerpo, mi perdiciõ! Ay Flora cruel mas tray-

dora, y engañosa q̃ la passada, por quien en Roma tienen en tan poco las de tu nombre! Ay D. Iacinto, y como tuviste coraçon para burlar vna muger de mi estado, sin mirar que has de ser causa, no solo de mi muerte, mas de la tuya, pues en sabiendo mi tio lo que has hecho, si su muerte no le ataja ha de procurar la tuya, y quando èl falte, queda en el mundo mi primo, que en fin ha de tomar por su quèta mi agravio, no solo como deudo, mas tambien como esposo! Mas como podrè, yo tener paciencia, ni aguardarà tal, teniendo manos, y valor con q̃ quitarme la vida. Y diziendo esto, sacò vn cuchillo de su estuche, para abrir con èl las venas de sus braços, pareciendole q̃ hasta la mañana avria tiempo para defangrarse, y acabar; mas Don Martin, que viendola con tal determinacion, admirado de lo q̃ via, si bien no apercebia bien sus razones, avia puesto la llave en la cerradura, y temeroso de algun mal suceso, abrió apriesa la puerta, y salió apresuradamente: con cuyo ruido la hermosa Aminta recibió tal turbacion, que junto con sus pesares, se dexò caer de vn profundo desmayo, dando a D. Martin lugar, para que tomandola en sus braços gozasse el favor; que si estuviera cõ su sentido, fuera muy dificultoso, respecto de su honesto recato, el qual no pudiera ser vencido, si no es con el engaño que se ha visto. Enternecido Don Martin con su sol eclipsado en sus brazos

ços, contemplava las passiones q̄ la via padecer, la hermosura, los pocos años, que siendo todo tan igual a su amor, le davan ocasion à mil amorosos atrevimientos: componiale el rebuelto cabello, enxugayale las lagrimas, y recibia a bueltas de penosos suspiros, regalados favores, cogiendo claveles de aquel jardin de hermosura. Tornò delde a poco en si Aminta, y viendose en los brazos de Don Martin, con vn honesto desenfado se cobrà a si misma, de poder del amante, y no sè si tan libre como antes, porque la ocasion, la gala, y la fuerça de sus agravios, la iban trocando el amor de Don Iacinto en cruel vengança: viendose allà burlada, y aqui rogada; que no ay tal cebo para çacar a vna muger, como el amor del presente, quando se vè despreciada del ausente. Y asì con muestras de algun enojo, le dixo: A què venis señor D. Martin? Por ventura parezcoos que ha menester vna desdichada mas testigo de su muerte, que su desventura? Bolveos a vuestro aposento, pues con la muerte de sola vna muger, se restauran las honras de tantos hombres. No lo premita Dios, amado dueño mio (replicò Don Martin) sino es que yo os acompañe en tal ocasion: yo desde que os vi, os adorè; y sino quereis que sea yo el que lo pague todo, pues tengo vida que es vuestra, y esta daga que executarà vuestro deseo, merezca yo q̄ me recibais por vuestro esclavo; cõ lo qual quedarè mas

contento, que si fuera señor de todo lo q̄ alcançò alegrando. No me conoceis, dixo Aminta, pues me dezis con tal libertad vuestro deseo y no penseis q̄ aunq̄ estoy en este lugar, dexo de ser lo que soy. Y si por los engaños de vn traydor os parece q̄ estoy sin honra, lo que ami me ha sucedido pudiera suceder a la mas cuerda, y recatada. Mas supuesto, que ni vos aveis de ser mi marido, ni yo admitiros, solo os suplico que os bolvais a vuestra estancia, y no me deis ocasion que llame a vuestra madre, y a todo el mundo, y publicando a voces mi miseria, me entregue a la espada de los que con mi muerte quedaràn satisfechos de la infamia que por mi padecen. Pareciòle a Don Martin en la determinacion cõ que Aminta dezia esto, que lo iba a hazer, porque la viò acometer a la puerta; y asì la detuvo, suplicandola que le escuchasse, porque no era justo que creyesse que èl pretendia ser suyo, menos que siendo su marido, y que si le queria recibir por tal, tendria su suerte por muy dichosa. Mirava a Don Martin la dama, con el afecto que le dezia estas, y otras razones, como era, que le dixesse como, y quien la avia ofendido. Que si el no tener (como dezia) honor era algun hombre la causa, se declarasse, y veria como la servia: y que hasta que quedasse satisfecha, no queria que hiziesse por èl, lo que le pedia. Y casi desesperada de remedio, si bien agradaçida de las promessas de su nue-

vo amante , le respondió : Yo soy Aminta, señor Don Martin, la misma de quien esta noche dexistes, que era escandalo desta Ciudad. La causa de estar en vuestro poder , os quiero contar, y si oida quereis hazer lo que dezir , yo estoy presta a daros gusto. Contole en breves razones lo que queda escrito , dexando con su historia a Don Martin mas enamorado que antes , y tan enternecido de ver burlada la ignorancia de Aminta , que quisiera a costa de su vida remediarla , con tal que no perdiesse èl la presa que en su poder tenia : y asi dandole de nuevo palabra de vengarla , le diò la mano de esposo , la qual Aminta recibì con gusto , por no estàr en tiempo de otra cosa. No ha de ser asì mi vengança, dixo Aminta, porque supuelto que yo he sido la ofendida, y no vos, yo sola he de vengarme, pues no quedarè contenta , si mis manos no me restauran lo que perdiò mi locura. Y asì aunque os doy palabra de esposa, no se ha de conseguir vuestro deseo, hasta que yo le quite la vida a este traydor , para lo qual no quierò otra cosa , sino que me acompañeis, para la seguridad de mi persona, que con vos , y mudando trage (pues el de hombre es mas seguro) si me poneis en su tierra, yo darè traça para engañarle , como èl me engaño a mi. Y hecho esto, nos podremos ir a Madrid , y allí viviremos seguros. Concediò Don Martin con todo , y no es mucho, pues que amava , y aventurava el

gozar tan hermosa dama , tanto que ya disculpava à Don Iacinto. Al fin con este concierto , Aminta , esperando verse presto vengada, y Don Martin ser su esposo, se despidiò della, llegando en prendas a sus braços , dexando ordenado partirse otro dia , que venido se previno Don Martin de todo lo necesario para el camino. Llegò la noche, que al parecer de los nuevos amantes , se detenia mas de lo justo, y despues de recogida la gente , y acostada Doña Luisa , Don Martin se fue al aposento de Aminta , llevandole vn vestido acomodado para lo que avia de fingir, y no dexandole de sus hermosos cabellos mas de los necesarios , se le puso , quedando tan hermosa, que si alguna parte avia dexado libre amor en el alma de Don Martin, allí quedò todo rendido. Y dexando a su madre escrito vn papel, en que le pedia el secreto de su partida , hasta conseguir cierto efecto , porque importava a su vida, y a la honra de aquella dama, se pusieron en la calle , y de allí en dos famosas mulas , pareciendo Don Martin, en su trage el moço dellas. Salieron de Segovia , y otro dia al anochecer , se hallaron en Madrid, famosa Cortè del Catolico Rey D. Felipe Tercerò , y sin querer entrar en ella , siguieron sus caminos, que les durò algunos dias , tanto era el deseo que Aminta llevaba de su vengança. Llegaron como digo a la Ciudad sin nombre , que importa que no le tenga, vn Sabado

en la noche, y tomando posada segura, reposaron hasta la mañana, y acordaron entre los dos, que Don Martin se quedasse encubierto en ella, por ser natural de aquella tierra, y tenia en ella algunos amigos, si bien no se quiso descubrir a ninguno, y que Aminta saliesse a entablar su pretension. Suplicavale Don Martin, que le dexasse a él la satisfacion de aquel agravio, pues podia fiar de su amor mayores ocasiones, sin que se pudiesse ella en ningun disgusto; mas no fue posible acabarlo con Aminta, diciendo, que si avia de ser suya, que la dexasse serlo con honra. Yo soy (dezia Aminta) la que siendo facil, la perdi, y así he de ser la que con su sangre la he de cobrar; y a sabéis, que las mugeres en aprendiendo vna cosa, tarde se arrepienten; pues siendo esto así, como lo es, dexadme que os merezca por mí misma, que si vos por vuestras manos vengais mi afrenta, poco tendreis que agradecerme. Tanto le supo dezir, y él la escuchava tan tierno, que hubo de conceder con ella, aunque no sin zelos, y así entre burlas, y veras, le dixo, que si lo hazia por ver a Don Iacinto. El suceso lo dirá, dixo Aminta, y apartandose del, con mas cuydado que Don Martin quisiera, porque como empezava a temer, empezava a penar, se fue a buscar a su enemigo, seguida, y zelada de su amante, que la amava mas tierno que quisiera. Llegó Aminta a la Iglesia Mayor, y como entrasse en

ella, antes que tuviesse lugar de mirarla, ni hazer la costumbrada oracion, vió a su fingido Don Iacinto, y veí dadero Don Francisco, con otros Cavalleros, conocióle al punto, y es de creer que fue necesario el animo, que el trage varonil le iba dando, para no mostrar su sobresalto, y flaqueza. Tomó aliento, y esforçandose lo mas que pudo, y acercandose a ellos, dió lugar al ser vista, y aunq le dixesse Don Iacinto, si mandava alguna cosa, casi mudada la color, por darle algun ayre de quien era Aminta, con mas esfuerço que el que su flaqueza requeria, le dixo: que si avia entre sus mercedes quien huviesse menester vn criado. De donde fois, replicó Don Iacinto? De Valladolid, dixo Aminta, juguèle a mi padre algunos quartos, y mientras se le passa el enojo me he puesto en fuga; para que con mi ausencia, en sintiendo mi falta, me perdone, y busque. Mucho sabéis para ser tan moço. No supe sino muy poco, pues estoy donde veis: Pareceme que os he visto, replicó Don Iacinto? O es que os pareceis a vna persona que yo quise veinte y quatro horas. Hartó cuydado os deve esta persona, dixo Aminta, y no me espantaria que tuviesse deseos de pagaros. Esto es quimera, pues quando yo ignorasse quien soy, ay muchos inconvenientes para ello; mas porque tu le pareces tanto, quiero que me sirvas, por verme servir de vn retrato de quien yo servi.

Como te llamas, que pues has de estar conmigo, menester es saber tu nombre? Iacinto, replicò Aminta, y si por ser retrato de esta persona, me recibes en tu servicio, tengo que agradecer a naturaleza que me ha hecho en su estampa; porque de mi te digo que desde el punto que te vi te quise bien. Pafalle por Segovia, dixo Don Iacinto? Si señor, respondió la dama, mas no quise detenerme allí, por el grande escandalo que andava en ella, por falta de vna dama, que dizen se llamava Aminta, que piensan se la tragò la tierra, porque no parece muerta, ni viva: vna Doña Elena, que se creia sabia de ella, amaneciò vna mañana muerta, y por esso estàn presos muchos Cavalleros. No se sabe (dixo Don Iacinto) si la llevò alguno? No se sospechava tal, dixo Aminta, lo q se piensa es, que ella misma huyó, por no casarse con vn primo suyo, con quien estavan hechos, los conciertos. Agora bien Iacinto vamos a casa. Effeno mismo digo yò, respondió Aminta, vamos, donde mandaredes, y en sabiendo la casa, bolverè a mi posada, por vna maleta, en que traygo mi limpieza. Quien duda que estaria en esta ocasion, Aminta, tebentando, mas como no era necia, dissimulava: y assi fue con su nuevo amo, y antiguo enemigo, a su casa, donde le diò por ama, y señora a la falsa Flora, diziendola que la regalasse, y al fingido Iacinto, que la sirviesse con mucho cuydado. Miravale Flora,

y tornavale a mirar, sintiendo cada vez vna alteracion, y desmayo, que parecia acabarsele la vida, mas no se atrevia a dezir lo que sentia, aunque siempre le parecia que via a la engañada Aminta, no offando en ninguna manera, dezirselo a su amante, por no traerle a la memoria, viendole tan olvidado della. Tomò Aminta la possession en su nueva casa, y bolviò luego a dar aviso a su amante Don Martin, de su buena, y presta ventura, assegurandole con mil caricias, de los zelos que tenia de verla en ella, prometiendole abreviar con sus deseos, y se bolviò con sus nuevos amos: a los quales empeçò a servir con tanto agrado, que se tenian por muy contentos del. Mostrò sus gracias, como era leer, escrivir, y contar, y otras muchas. Y sobre todo cantar, y tañer, tanto, que ni Don Iacinto, ni Flora, sabian estar sin el vn punto. Y assi vn dia que estavan comiendo, por mandado de Flora, tomò vna guitarra, y cantò assi.

Si a tu hermosa Celia adoras,
y su imagen reverencias,
sacrificando tu gulto,
a su adorada belleza.
Si sus bellissimos ojos,
como soles los respetas,
como luzeros los miras;
como Cielos los celebras.
Si conoces que su boca
es coxa de hermosas perlas,
y sus cabellos dorados
madexas de Arabia bellas.

Si sabes que son tus manos,
blancas, y nevadas sierras,
y de otra divina Venus,
su gracia, talle, y presencia.

Si a tu perfecta hermosura,
y alabada gentileza,
la mançana hermosa ofrecen,
que à Troya tan caro cuesta.

Y finalmente, si tienes
almas, sentidos, potencias,
la memoria, y voluntad
presos en sus rubias hebras.

Paraque, Iacinto ingrato,
causa de mi eterna pena,
con falso, y fingido amor,
engañaste mi inocencia?

Suspense estava, el engañado

D. Iacinto, no admirando la voz,
aunque era muy buena, sino sintien-
do las razones del Romance, co-
mo si viera quejarse a Aminta. Y
así le dixo: enternecida está esta
dama, amigo Iacinto: tal la trata-
va yo, replicò Aminta, pues quan-
do creyò tener marido, gozò de
mi ausencia. Luego has querido,
dixo Don Iacinto? Tan necia te
parezco, respondió la dama, pues
cree que he sabido querer, y abor-
recer, y que tambien se dàr dis-
gustos, y fingir cuydados, porque
foy mas hombre de lo que mis bar-
bas dan muestra, pues aunque Flo-
ra mi señora, dizè que le parezco
capon, ò muger, algun dia he de ser
gallo, a pesar del bellaco que me ga-
nò mi caudal, y me puso en el esta-
do en que estoy: mas pues gustas de
ver quejas de muger, oye estos ma-
drigales, que se hizieron al mis-
mo sujeto.

Al tiempo que a Diana,
Fecho sus rayos, ofrecer queria,
y ella hermosa, y lozana,
de visitar los Indios se venia,
porque el Pastor amado;
fuisse en su ausencia consolado;
Maulde diligente,
salìo à buscar a su Iacinto ausente.

Con passo apresurado,
las flores del florido prado pisa,
el semblante turbado,
porque ya el coraçon su mal le avisa;
à un valle hermoso llega,
que un manso, y cristalino arroyo
riega,

adonde entretenido,
viò à Iacinto en Isbella divertido.

Deturò un poco el passo,
y oyò como Iacinto le dezia:
Zagala, yo me abraço,
sostiege tu favor la pena mia,
las manos le tomava,
y con ternos suspiros las besava,
è Isbella le dezia:
si te viesse, Maulde que diria?

Dexa Isbella divina
estas quimeras, mira mis passiones,
que sola tu eres digna
de rendir los soberbios coraçones,
pues si Apolo te viera,
tras Daphne fugitiva no corriera,
y à Venus, sacra Diosa,
ganaras la Mança por hermosa.

Tu de Iupiter fueras
la Europa, que qual toro conquistara,
si en su tiempo nacieras,
en Cisne transformado te gozara,
y como lluvia de oro,
baxara à verte, de su eterno coro,
qual Calisto ruidieras,

assiento celestial en las Esferas.

*No gozara de Egina,
como pastor en el ameno prado,
menos à Proserpina;
porque de tu belleza enamorado,
solo en ti se empleara,
y à todas las del mundo despreciara:
ni uno se ofendiera
aunque gozarte de su esposo viera.*

*Dixo, y determinado,
quando Isbella del todo ya vendida,
à su cuello ha enlazado
los braços, y tomando la medida,
con su boca, à su boca,
dexò à Matilde con sus zelos loca,
que de rabia perdida,
saliò qual cierva del venablo herida.*

*Desleal atrevido,
ingrato, y falso, mas que los
nacidos,
yo os quitarè la vida,
digo, y con passos atrevidos,
quiso llegar à ellos,
huyò Morfeo de sus ojos bellos,
que qual rios estavan,
creyendo ser verdad lo que soñavan.*

*Que si como dormida,
despierta, este suceso te passara,
entre sus tiernas manos los matara,
que aunque niño Cupido,
es (si zelos les ayudan) atrevido.*

Alabarónle con grandes encarecimientos, y mostraron estimar sus donayres, con darle Don Iacinto yn vestido, y Flora vna sortija, lo que recibió Aminta con muestras de alegría, porque respeto de vengarse, passava plaça de bufon, no descuydandose de visitar à Don Martin, y contarle lo que passava, ni

èl de suplicarla abreviasse, ò que le dexasse a èl hazerlo: porque no podia sufrir verse encerrado en casa, ni a ella en la de vn hombre que avia sido su primer amor. Enojose Aminta de verle tan desconfiado, y así le dixo; que si se cansava, se bolviessse a su casa, pues ni le devia, ni la devia; que el acompañarla, accion de Cavallero avia sido, y así le dexò sin querer hazer amistades, de que Don Martin quedò, apasionadissimo. Llegò Aminta algo tarde a su casa, y hallò a sus dueños cenando, que le rieron la tardança. A poco rato llegò Don Martin a la puerta, haziendo cierta seña que acostumbrava otras noches. Saliò Aminta, y despues de ruegos, y enojos, quedando amigos, se bolviò a su posada, y ella se entrò a reposar. Vn mes estuvo Aminta en casa de su amo, en cuyo tiempo avia escrito Don Martin a Segovia, a vn amigo suyo, para que le avisasse lo que passava: el qual le avisò de todo, pues encareciendole la pena con que su madre estava, le contò como el Capitan Don Pedro saliò en fiado de la Carcel, y que entrando en su casa se avia caido muerto; y que a los demàs presos avia sacado de la Carcel Don Luis su hijo, que avia venido de Italia, el qual andava haziendo grandes diligencias por saber de su prima, y esposa, de la qual no sabian nuevas ningunas. Doblòsele a la hermosa Aminta la passion, y la rabia, con las nuevas de la muerte de su tio, y ven-

gança que prometia la colera de su primo Don Luis, y mas viendo a Don Iacinto, gozar tan libremente de Flora, el vno, y el otro causa de su desdicha. No tenia zelos, mas sentia agravios, que quien quiere saber si ha querido, aunque aborrezca, vea lo que ha querido en otros brazos; assi viendo la valerosa Aminta, que no era tiempo de quejas, sino de venganças, apercibió a su querido amante Don Martin para aquella noche, el qual aviando de lo que avia de hazer, se puso en espera del suceso. Aguardò Aminta tiempo, y lugar, y viendolos a todos dormidos, y la Ciudad en silencio, entrò en la quadra de sus enemigos, no siendo esto nuevo en ella, por entrar todas las noches por los vestidos de su amo, para limpiarlos: y faciendo la daga, se la metió a D^o Iacinto por el coraçon, desuerte que el quexarse, y rendir el alma, todo fue vno. Al ruido despertò Flora, y queriendo dar voces, no la diò lugar Aminta, que la hirió por la garganta, diciendo: traydora, Aminta, te castiga, y venga su deshonra. Y bolviendola a dár otras tres puñaladas, embió su alma a acompañar la de su amante; y cerrando la puerta a la quadra, tomó su capa, y maleta, y valiendose de vna llave que avia mandado hazer, por aver perdido la de la puerta de la calle, de industria dexandola cerrada, se salió, y fue a la posada de Don Martin, el qual sabido el suceso, y vien-

do, que era forçoso ponerse en camino, tomando sus mulas, y ropa, se partieron, caminando con toda priesa, hasta el primer lugar, donde descansaron, vistiendose Aminta de dama, y Don Martin alsimismo de Cavallero. Sossugaron alli dos dias, donde confirmando los dos la palabra que se avian dado, y con ella el amor, no pudo Aminta negarle a Don Martin, como a su esposo, ningun favor que le pidiesse. Alli recibió Don Martin dos criados, y vna criada, y tomando el carruage necessario, se pusieron en camino para Madrid. Pues como viniesse la mañana que le siguiò a la triste noche, para los desventurados, que estavan en el infierno, pues la vida era conforme a la muerte, y la muerte lo fue a la vida: como los demàs criados viesse que Iacinto no parecia, ni su amo, ni Flora se levantavan, entraron en la quadra, y viendo el desgraciado suceso, dieron gritos, alzando las criadas el alarido; a las quales se juntaron todos quantos avia en la Ciudad, y la justicia con ellos, tomando sus confesiones a todos: y no aviendo otro indicio mas que la falta de Iacinto, y aver llevado su maleta, los llevaron a todos presos, y visitando las casas de posadas, vinieron a dár en la que avian estado los autores del daño; si bien, no sabian dár razon de nombres, ni tierra, ni pudieron saber mas, de que a las doze avian partido, y como se llamavan hermanos, siempre se